



AIBR
**Revista de Antropología
Iberoamericana**
www.aibr.org
**Volumen 14
Número 2**

Mayo - Agosto 2019
Pp. 323 - 350

Madrid: Antropólogos
Iberoamericanos en Red.
ISSN: 1695-9752
E-ISSN: 1578-9705

Desigualdades y crisis reproductiva tras el terremoto en la costa ecuatoriana. Estrategias familiares ante el modelo de desarrollo y trabajo extractivo¹

Cristina Vega

Departamento de Sociología y Género, Facultad Latinoamericana de Ciencias
Sociales, FLACSO Ecuador

Myriam Paredes

Departamento de Desarrollo, Ambiente y Territorio, Facultad Latinoamericana
de Ciencias Sociales, Flacso Ecuador

Andrea Nathaly Almeida

Flacso Ecuador

Recibido: 28.04.2018

Aceptado: 18.02.2018

DOI: 10.11156/aibr.140208

RESUMEN

Este artículo analiza las estrategias productivas y reproductivas de las familias de Coaque, una comunidad de la costa manabita próxima al epicentro del terremoto que sacudió Ecuador el 16 de abril de 2016. La crisis reproductiva originada tras la catástrofe puso de relieve las desigualdades económicas y sociales existentes en este territorio, donde la pujante industria extractiva del camarón se ha hecho presente en las últimas décadas. Acudiendo a una metodología etnográfica y a entrevistas en profundidad, se concluye que las respuestas de las familias oscilan entre una vinculación más estrecha al trabajo asalariado en este sector y la opción por actividades independientes, aunque inestables, como la pesca artesanal y otras iniciativas de autosustento que permiten un mayor margen de actuación. Las fuentes de renta se articulan de manera compleja, según el género y la edad, con los requerimientos de atención a las personas, la organización familiar y los estilos de vida en un período de vulnerabilidad. Cuestiones como el cuidado de los hijos, la reconstrucción de las viviendas, la cercanía con los medios de vida o la cooperación y las transacciones cotidianas condicionan la dependencia respecto del modelo de desarrollo agroexportador. Se evidencia, por tanto, una serie de tensiones que se agudizan ante las condiciones de crisis y que precisan de una mirada sobre la reproducción en las políticas públicas posdesastre.

PALABRAS CLAVE

Modelo de desarrollo agroexportador, desigualdades, catástrofe, crisis reproductiva, sostenimiento de la vida.

INEQUALITIES AND REPRODUCTIVE CRISIS AFTER THE EARTHQUAKE IN THE ECUADORIAN COAST. FAMILY STRATEGIES IN THE MODEL OF DEVELOPMENT AND EXTRACTIVE WORK

ABSTRACT

This article analyzes the productive and reproductive strategies of the families of Coaque, a community on the Manabi coast near the epicenter of the earthquake that shook Ecuador on April 16, 2016. The reproductive crisis originated after the catastrophe highlighted the economic and social inequalities existing in this territory, where the thriving extractive industry of shrimp has become present in recent decades. Based on an ethnographic methodology and in-depth interviews, it is concluded that the responses of the families oscillate between a closer connection to salaried work in this sector and the option for independent but unstable activities such as artisanal fishing and other self-support initiatives that allow a greater margin of action. The sources of income are articulated in a complex way, according to gender and age, with the requirements of attention to people, family organization and lifestyles in a period of vulnerability. Issues such as caring for children, reconstruction of housing, closeness to livelihoods or cooperation and daily transactions condition dependence on the model of agro-export development. There is evidence, therefore, of a series of tensions that worsen in the face of crisis conditions and that require a look at reproduction in post-disaster public policies.

KEY WORDS

Model of agro-export development, inequalities, catastrophe, reproductive crisis, sustainability of life.

1. El presente texto expone los resultados del proyecto *Reproducción y cuidados entre el campesinado sin tierra de Manabí. Relaciones de género, dinámicas comunitarias y crítica a la resiliencia después del terremoto*, realizado por las autoras entre abril de 2017 y abril de 2018 y financiado por Flacso-Ecuador.

1. Introducción

La presencia de la industria camaronera en la provincia de Manabí responde a un modelo de desarrollo agroexportador que intensifica la proletarización de los pobladores que buscan emplearse en este sector pujante de la economía nacional. El crecimiento de la industria en los últimos cinco años ha sido notable, aumentando las exportaciones en un 6,7% anual. En el cantón Pedernales, donde se ubica la comuna Coaque, en la que se sitúa nuestro estudio, el establecimiento de la Empacadora del Pacífico en el año 2000 motivó un viraje en las fuentes de trabajo. Según el Instituto Ecuatoriano de Seguridad Social (IESS, 2017), esta empresa emplea 926 empleados, 351 mujeres y 575 hombres. Se estima que un tercio de la población de Coaque se emplea en ella preparando el camarón para la exportación. Además, nuevos trabajadores, atraídos por la oferta de un salario estable, han llegado tras el sismo. Aun así, Coaque sigue manteniendo fuentes alternas de ingreso asociadas a la pesca artesanal, el pequeño comercio, la agricultura y los servicios.

La existencia de economías no dependientes del salario se ha combinado con estructuras familiares extensas basadas en el intercambio de recursos materiales y afectivos. La sexualización temprana, la formación de uniones libres entre adolescentes y la precoz reproducción biológica (el 60% de la población tiene su primer hijo entre los 14 y los 20 años) se acompañan de obligaciones morales que dotan a los vínculos familiares intergeneracionales de un enorme peso, tanto en la cohabitación como en el apoyo económico, social y afectivo.

En este contexto, el trabajo industrializado del camarón impacta en las prácticas de consumo, la convivencia familiar y la organización de los cuidados. Estos cambios suscitan tensiones y dilemas en relación con los modos de vida. La estabilidad del ingreso surge como un atractor en un entorno de desigualdad y falta de inversión pública, acentuada en tiempos de crisis. No obstante, las exigencias de esta industria, que no se detuvo tras el sismo, resultan excesivas para los habitantes, socializados en formas de trabajo y cooperación precarias pero independientes.

Estas tensiones soterradas se pusieron al descubierto tras el sismo. En este sentido, nos propusimos investigar cuáles fueron las respuestas de los habitantes para garantizar la reproducción social y las demandas materiales y afectivas tras la catástrofe. El presente texto dialoga con la literatura feminista que discute los conflictos entre el sostenimiento de la vida y la dinámica de desarrollo territorial de corte extractivo en el presente ciclo de acumulación. Las estrategias desplegadas en esta coyuntura nos permiten entrever el modo en que los habitantes buscan mantener cierta

independencia respecto del asalariamiento y la manera en la que los estilos de proveer, atender y cuidar pueden ser apropiados y adaptados por la industria, si bien, en ocasiones, también dan lugar a extrañamientos.

Hemos explorado estas tensiones y estrategias a partir de una etnografía junto a tres familias en sectores de actividad claves: una familia que trabaja en la empacadora de camarón, otra dedicada a la pesca artesanal y una tercera que sostiene un modesto restaurante.

Exponemos primeramente los presupuestos teóricos que guían nuestra aproximación a las relaciones de producción y reproducción desde los Estudios Feministas, así como su imbricación en los ciclos económicos basados en el patrón industrial agroexportador. En segundo lugar, caracterizamos las dinámicas de desigualdad, provinciales y locales, y las afectaciones tras el sismo. A continuación, explicaremos la metodología y el modo en que abordamos la etnografía para dar cuenta de los cambios, decisiones y actuaciones de las familias y sus miembros. Finalmente, desarrollamos los hallazgos y las conclusiones.

2. La perspectiva de la reproducción. Trabajo, proletarización y dinámica sociofamiliar

Los análisis sobre reproducción desde la investigación feminista arrancan como una crítica a la teoría marxista que desestimó el carácter social del sostenimiento humano, atribuyendo su consecución al instinto «natural» de supervivencia (Federici, 2014). Mientras las relaciones de producción eran motor de las dinámicas de cambio, lo reproductivo, asociado al trabajo doméstico, era relegado como un aspecto que debía adaptarse a la producción. La creciente escisión entre el ámbito vinculado al valor, al salario y al mercado y el asociado a la familia, el altruismo y el afecto en las sociedades capitalistas acrecentó el carácter secundario de la reproducción (Carrasco, Borderías y Torns, 2011). La economía moral² del capitalismo pronto se presentó bajo una doble moralidad: la in-moralidad del

2. El concepto de *economía moral*, desarrollado inicialmente por E. P. Thompson y con una clara filiación en la obra de Polanyi, refiere al sistema de intercambio de bienes y servicios propios de las sociedades precapitalistas, estrechamente vinculados a principios de redistribución y reciprocidad que establecen relaciones interdependientes. De igual modo, alude a normas y obligaciones. Acuerdos tácitos bajo los que se entienden las obligaciones (intergeneracionales, de género, etc.) por parte de sujetos situados permiten entender el acceso y circulación de recursos y contraprestaciones. La movilización de este concepto para entender economías ordinarias, así como procesos como la migración o el trabajo doméstico dotan de actualidad a este concepto (Fassin, 2009).

liberalismo, regido por la primacía despiadada del intercambio, y la moral del estatus, el parentesco y la comunidad.

Desde la antropología, la sociología y la economía feministas se ha buscado entender qué ocurre en esta «morada oculta», en «este otro del mercado», primero, para dilucidar su aporte a la acumulación a través de la restitución de la fuerza de trabajo y del reemplazo generacional, y, segundo, para analizar los modos en los que la sexualidad, la crianza y las prácticas de alimentar, proteger y apoyar se despliegan en relación al mercado, al Estado y a la comunidad (Fraser, 2014; Vogel, 2013: 995).

La fuerza de trabajo humana, lejos de regenerarse de forma automática, se desenvuelve de acuerdo con «*un determinado modelo de familia, sexualidad y procreación*» (Federici, 2014: 161). Si bien la reproducción se nos presenta en una dimensión sociobiológica, la regeneración diaria se despliega tanto en el terreno de la socialización como en el de la subjetivación. Ambos ponen en juego prácticas, significados y valores que median la experiencia sociocultural moldeando las formas de la reproducción social. Entendemos aquí la reproducción social como: «*Las tareas dirigidas al mantenimiento del sistema social, especialmente en el cuidado y la socialización de los niños, enfermos y ancianos, que incluye el cuidado corporal pero también la transmisión de patrones y normas de conducta aceptados y esperados*» (Jelin, 2014: 29).

Para Fraser, la actividad reproductiva incluye aprovisionamiento, establecimiento de vínculos sociales y construcción simbólica de elementos y valores que sostienen a las comunidades y afianzan significados compartidos. La reproducción social, así entendida, es una «condición de fondo» para la esfera productiva (2014: 64). Como señala Federici, esta se extiende hacia la totalidad de relaciones económicas, políticas y culturales en las cuales se socializan y se entrenan los sujetos y sus «sustitutos» (Federici, 2014: 156). La familia y el sistema educativo han ocupado el centro en los análisis sobre reproducción; sin embargo, esta incluye una pluralidad de ámbitos complejos y dinámicos entrelazados.

La economía feminista desplazó la reproducción al centro del análisis (Benería y Sen, 1982; Carrasco, 2009; Pérez Orozco, 2014). Dicho desplazamiento considera la migración, el empleo, el emparejamiento y conformación de familias, el control del cuerpo, la sexualidad y la relación entre hogares y servicios públicos (Kofman, 2016). Implica lo que sucede en instancias que asumen la preservación humana y del entorno y, en términos analíticos, conlleva la adopción de una perspectiva singular: la «perspectiva de la reproducción» (Bhattacharya, 2017; Ferguson y McNally, 2013; Vega y Martínez-Buján, 2017). Dicha visión concede un lugar explicativo a los «contramovimientos» históricos, por decirlo con

Polanyi, que han desnaturalizado la racionalidad expansiva del mercado y la maximización del beneficio, anteponiendo lógicas basadas en el bienestar o en la atención a las personas y al medio. Esta mirada recupera la idea clásica de la crítica a la economía política, poniendo al descubierto la violencia intrínseca a la «vida sin salario» en el capitalismo (Denning, 2011). Atenta a la fragilidad del «ganarse la vida», visualiza economías no monetarizadas o parcialmente monetarizadas y advierte, en la línea señalada por Narotzky y Besnier (2014), la existencia de vías alternas de aprovisionamiento (de alimentos, cuidados, vivienda, salud, etc.) sin idealizarlas o considerarlas al margen del poder. El análisis, en este sentido, aspira a entender las transacciones que dan continuidad al sistema en configuraciones múltiples y situadas³.

En estos debates ha ocupado un lugar relevante la conceptualización de los cuidados:

Aquellas actividades que regeneran el bienestar físico y emocional de las personas, comprenden prácticas orientadas a hacerse cargo de los cuerpos, reconociendo que están atravesadas por afectos y desafectos que constituyen las relaciones, comprenden una dimensión material-corpórea y otra de carácter afectivo (Pérez Orozco, 2014: 92).

Se enfatiza el carácter relacional y la diversidad de contextos y modalidades en las que se proveen, desprendiéndose del sesgo familista y/o universalista con el que venían analizándose en las sociedades «avanzadas». La atención a las personas y las infraestructuras para cuidar resultan centrales para la reproducción social y las relaciones familiares.

La reestructuración del trabajo a escala global y su concreción en el territorio ha impactado en el sostenimiento, al atar cada vez más el aprovisionamiento al mercado y tensionar los tiempos y espacios cotidianos. La subordinación y precarización salarial y la dificultad para conseguir ingresos para millones de personas dificulta la restitución diaria (Federici, 2014: 166). La inserción laboral de las mujeres ha agudizado la sobrecarga y la desigualdad en este terreno.

Si bien el modelo industrial del salario familiar (Hartmann, 1981) fue un punto de referencia en el fordismo, quienes investigaban desde espacios periféricos pusieron de manifiesto otras configuraciones re/productivas. Desde América Latina, Saffioti (1982) indagó el despegue de la industria textil brasileña y el efecto de las diferencias salariales entre hombres y mujeres, la atracción y expulsión de estas y su doble carga durante la

3. Esta perspectiva anima al grupo de investigación «Transacciones, economía y vida común», del Departamento de Sociología y Estudios de Género, Flacso-Ecuador.

década de 1970. La dependencia de la economía salarial y sus consecuencias sociales, así como «la ampliación del mundo» que vivieron las mujeres en la industria, se resolvió en una serie de ambivalencias respecto del trabajo asalariado (Saffioti, 1982: 195). Por su parte, Safa (2012) analizaría el modo en que la salarización femenina en industrias exportadoras en las décadas de 1960 y 1970 transformaba la vida familiar. La deslocalización, la migración masculina, la urbanización y el empleo femenino conllevaron nuevos arreglos domésticos, nuevas formas de sociabilidad, crianza, consumo y ocio. Desde la óptica de la reproducción, los estudios revelaron cómo estos empleos se imbricaban con la sexualidad, la organización del grupo doméstico y la distribución de tareas, el acceso a la renta y las infraestructuras vitales, las políticas públicas (o su ausencia) y el sostén de la población, el acaparamiento y la amenaza ambiental. El análisis de estos entramados permitió entender las crisis reproductivas no como un acontecimiento puntual o extraordinario, sino como fenómenos atados al desarrollo capitalista que no podían ser afrontados acudiendo a la «resiliencia».

3. La costa manabita y la comuna de Coaque. Ciclos económicos e infraestructuras para la reproducción social

Estas inquietudes de investigación confluyeron con nuestros recorridos tras el terremoto del 16 de abril de 2016⁴. Semanas después del sismo, arribamos a Coaque para proporcionar apoyo, y la realidad social de la comuna resonó con nuestras interrogantes de investigación.

3.1. *El modelo agroexportador periférico y sus desequilibrios territoriales*

Coaque es una comuna ubicada en el cantón Pedernales, provincia de Manabí⁵. Su población es de 2.250 habitantes, distribuidos en dos núcleos: uno en la vía principal, el otro en el asentamiento pescador de La Playita.

4. El terremoto dejó 671 víctimas mortales, 28.678 personas hospedadas en albergues, 80.000 desplazadas, 120.000 niños con limitado acceso a la educación, y pérdidas materiales, entre las que destacan 74.000 viviendas y 875 establecimientos educativos afectados y 44 establecimientos de salud de la red pública y privada con daños graves (Secretaría de Gestión de Riesgos, 2016; Secretaría Nacional de Planificación y Desarrollo, 2016).

5. Esta provincia del litoral tiene 1.369.780 habitantes, distribuidos en 22 cantones. El 56% de la población es urbana y el 44%, rural. En el cantón Pedernales, donde se sitúa este estudio, predomina la rural (Instituto Nacional de Estadísticas y Censos, INEC, 2010a).

Las condiciones de esta comuna se explican a partir de los ciclos económicos de la zona. El sistema histórico de plantación, al calor del cual creció un mercado externo, estuvo durante los siglos XVIII y XIX asociado a la recolección y venta de fibras vegetales como la tagua (Dueñas, 1986 y 1991). Hacia finales del siglo XIX e inicios del XX se conformaron las haciendas cacaoteras y cafetaleras, hecho que provocó la expansión de la frontera agrícola, propiciada por sectores del poder colonial y la actividad mercantil (Ferrín, 1989). La hacienda propició la concentración de la tierra y la actividad exportadora, lo que consolidó una burguesía comercial no comparable a la de Guayas (Hidrovo, 2013).

A lo largo del siglo XX, la región experimentó auges exportadores a partir de la producción agrícola en la pequeña y mediana propiedad, resultante de la reducción de las haciendas y la colonización de tierras (Dueñas, 1986; Guerrero, 2016). Para Hidrovo (2013), en Manabí existían unos cuantos hacendados y un conjunto de pequeños y medianos finqueros. Esto origina una estructura dual, que subsiste a día de hoy, en la que coexiste la hacienda exportadora (en el norte de la provincia) y pequeñas explotaciones agrícolas de plátano, maíz, arroz, café y cacao (en el centro y sur).

En este panorama, a mediados del siglo XX Coaque se conformó como una comunidad agrícola y recolectora; la población habitaba en las montañas y se dedicaba a la venta de tagua y caucho. Más tarde, se impondría el cultivo de cacao y café en pequeñas propiedades y en haciendas de entre 4.000 y 6.000 hectáreas (Dueñas, 1986). En la década de 1980, adquiere protagonismo la cría y cultivo del camarón en cautiverio, hecho que transformó el paisaje junto al mar, cada vez más horadado por las piscinas. Desde entonces, la expansión de la industria ha sido significativa: Ecuador exportó en 2017, según el Banco Central de Ecuador (BCE), \$3.037 USD millones de camarón, superando al banano (\$3.035 USD millones), consagrándose este producto como el segundo después del petróleo (BCE, 2017a).

Como señala Ortiz (2016), en Manabí la heterogeneidad estructural, la ausencia de élites y la limitada inversión estatal caracterizan el rol periférico de la provincia.

En Coaque, el desarrollo de la industria demandó de la recolección de larvas silvestres para su cultivo en las piscinas; una familia podía en tres días de aguaje obtener el valor equivalente a tres meses de trabajo agrícola (Andrade, Hernández y Marcillo, 2014).

Muchos hacendados orientaron sus inversiones hacia este negocio. A la pesca de la larva le sustituyó desde 1990 el desove en laboratorio. Debido a la presión sobre los recursos marinos, el Estado prohibió la

pesca de larvas de camarón (Subsecretaría de Recursos Pesqueros, 2002). Este pasó a concesionar playas, regular el cultivo y controlar a los laboratorios.

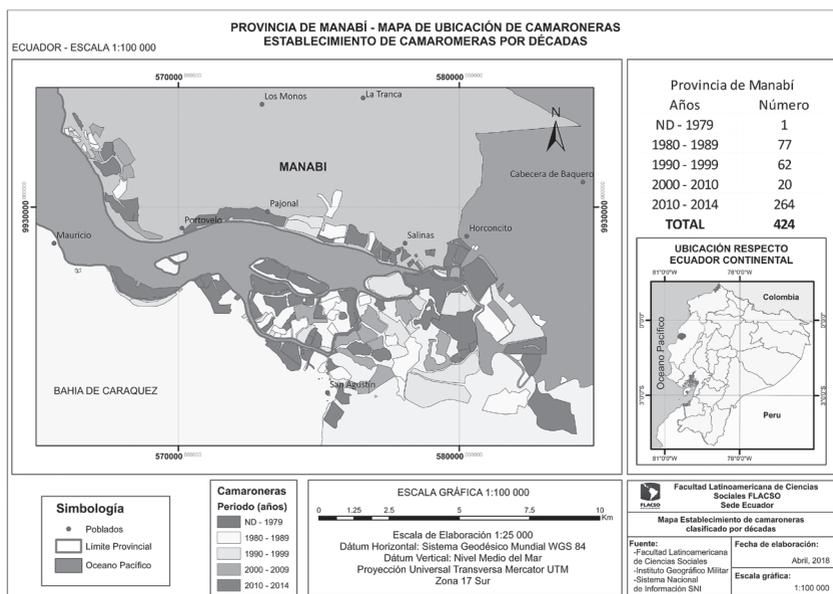


Imagen 1. Expansión de la industria camaronera en la zona norte, Provincia de Manabí. Fuente: Datos propios. Elaboración: Lizeth Campo. Abril de 2018.

A finales de 1990, la producción decayó por el virus de la «mancha blanca» y muchos pescadores se quedaron sin su medio de vida y migraron, mientras que otros se dedicaron al comercio de piezas arqueológicas. En ausencia de políticas patrimoniales, el huaquerismo proporcionó recursos en esta difícil coyuntura.

En 2000 se abrió la planta de procesamiento de camarón Empacadora del Pacífico (Edpacific). Existen 926 personas afiliadas al Seguro Social. En los últimos cuatro años, la empresa ha permanecido entre las diez primeras exportadoras de camarón (BCE, 2017b), lo que demuestra el rol económico y laboral que desempeña en la provincia y en Coaque.

El trabajo se organiza en dos turnos de diez horas, si bien los trabajadores declaran estar afiliados al Seguro Social media jornada. A la base salarial se suma un «bono de eficiencia productiva» de \$6,50 USD que se paga por gaveta de camarón pelado. Los roles de pago apuntan a un mensual de \$312 USD, inferior al salario mínimo vital de \$366 USD en

2016. La intensidad del trabajo implica riesgos para la salud por la exposición al frío y gases tóxicos. Según el INEC (2017), en Coaque el 31,9% de los encuestados declara ser empleado u obrero, el 9,8% trabaja por cuenta propia, el 8,7% se definen como jornalero o peón y el resto, el 2,8%, representa oficios varios como empleados públicos, trabajadores no remunerados, socios, patrones y empleados domésticos; el 46,7% restante no figura en ninguna categoría⁶. Cabría aventurar que aproximadamente un tercio de los habitantes se emplea en la empacadora y que otros trabajan en actividades asociadas.

Tras varios ciclos de dependencia agroexportadora periférica, el actual se decanta hacia la industria camaronera, que se conforma como una opción laboral precaria e intensiva que, como reveló el terremoto, no interrumpe la actividad y resulta en una fuente de ingresos en este período crítico.

3.2. *Infraestructuras, recursos y relaciones para el sostenimiento de la vida*

El empobrecimiento y la falta de servicios básicos han sido condiciones históricas en la zona. La pobreza por necesidades básicas insatisfechas en la provincia registra un 53,2%, frente al 32,9% nacional, mientras la extrema pobreza alcanza el 25,3%, frente al 11,1% nacional (Sistema de Indicadores Sociales del Ecuador, SIISE, 2015). Por este motivo, Manabí es la segunda provincia con el mayor número de hogares beneficiarios del Bono de Desarrollo Humano (74.499), una transferencia monetaria del Gobierno.

Únicamente el 39% de las viviendas cuenta con suministro público de agua y tan solo el 33% están conectadas a una red de alcantarillado (INEC, 2010a).

El promedio de años de escolaridad es de 8,4 y la tasa de analfabetismo es del 10%; la mayor parte de la población (82,7%) completó únicamente la primaria (SIISE, 2015). Entre los problemas sociales están el embarazo adolescente y la alta incidencia de enfermedades tropicales.

Coaque también refleja estas deficiencias en el acceso a recursos básicos, situación que se acentuó tras el terremoto. El 53% tiene acceso a agua entubada que provenía de un depósito que se dañó, al igual que el tendido eléctrico; el 75% carece de alcantarillado (Mora, Bamba,

6. Utilizamos aquí el genérico masculino. Para la comunidad carecemos de datos desagregados por género.

Viteri, Chunga, Ordoñez y De Teresa, 2016). Los servicios sociales comprenden un Centro de Salud del Seguro Social Campesino, un Centro de Educación Básica y un Centro Infantil del Buen Vivir; todos ellos se vieron afectados.



Imagen 2. Entrada al poblado de Coaque. Fuente: Elaboración propia. Julio de 2016.

El terremoto puso el foco del Estado en Manabí y sus comunidades. El enfoque se centró en la habilitación de albergues y en la reconstrucción de viviendas. Las medidas, en todo caso, resultaron insuficientes, y apenas atendieron a la potenciación de la trama productiva.

Según el INEC y el Ministerio Coordinador de Desarrollo Social (INEC y MCDS, 2017), el 72% de las viviendas fueron destruidas, demolidas o estaban por colapsar. El 56,6% eran propias, el 21,4% de arriendo y el 18,5%, prestadas o cedidas. Muchos habitantes carecen de regularización de su propiedad y solo cuentan con contratos de compraventa, hecho que les inhabilita para recibir ayuda. Además, buena parte del casco se registra a nombre de una hacienda, lo que dificultó la reconstrucción. Tras el terremoto se aprobó la ordenanza para regular los asentamientos humanos y legalizar la titularidad de los predios.

El área de La Playita fue declarada zona de riesgo y se inhabilita el asentamiento. Esta zona sufría inundaciones y el terremoto devastó todas las viviendas, reemplazadas por refugios prefabricados.



Imagen 3. Viviendas prefabricadas, donadas después del terremoto, La Playita. Fuente: Elaboración propia. Julio de 2016.

La reubicación quedó en el aire por falta de recursos y desatención del municipio, y las familias se negaron a abandonar la zona, donde se encontraban sus medios de vida.

Tras el sismo, muchos habitantes se autoorganizaron y armaron sus carpas en la cancha o en la calle paralela a la vía de Pedernales. En Coaque no se instaló albergue, lo cual incidió en la activación de los líderes, que distribuyeron la ayuda, mediaron con las organizaciones presentes en la comunidad (los arqueólogos de la Universidad de San Francisco en Quito, Fundación Avanti, Plan Internacional, Cruz Roja y Grupo Faro). Junto a ellas se pudo articular un plan estratégico, *Construyendo ciudades resilientes a través del diseño participativo*, cuya mirada ampliaba la concepción sobre la «reconstrucción» (Maron, 2017). Este fue aprobado por el municipio de Pedernales en agosto de 2017. Integra la recuperación de medios de vida desde una perspectiva participativa y plantea el protagonismo, apropiación y creación de recursos por parte de la comunidad. Es en este contexto en el que nos sumamos a la reflexión, pensando que nuestro aporte podía entrar en sintonía con otros esfuerzos colectivos.

4. Metodología

Llegamos a Coaque semanas después del sismo, con filtros de agua para uso familiar. Entrevistamos a los líderes, conocimos la existencia de la empacadora y la precaria situación de los pescadores. Para la segunda visita, en agosto, decidimos plantear una investigación cualitativa de corte etnográfico sobre las estrategias reproductivas tras la catástrofe. Nos quedamos con tres mujeres y sus familias: la primera familia, trabajadora en la empacadora; la segunda, en pesca artesanal; y la tercera, en un emprendimiento de comidas⁷. Con ellas pasamos una primera semana, tras la que hicimos sucesivas visitas en agosto y septiembre de 2016, y abril, mayo y agosto de 2017. En ellas acompañamos actividades diarias y asistimos a los cambios en ámbitos como trabajo, movilidad, reconstrucción de la vivienda, consumo, alimentación, gastos, educación y salud, infraestructuras o relaciones comunitarias.

El diseño etnográfico nos permitió dar cuenta de los arreglos re/productivos previos y posteriores al terremoto a través de una «descripción densa» (Geertz, 2001) de las estructuras significativas del mundo social. Como sugieren Narotzky y Besnier, esta nos proveía de «*un instrumento precioso para captar la producción histórica de la especificidad y su papel en la estructuración de la diferenciación*» (2014: 55). Nos adentramos en las rutinas diarias, su ordenación y las significaciones atribuidas por los actores con una orientación interpretativa planteada a partir de hipótesis elaborada tras el examen de la información de contexto y una primera etapa etnográfica (Hernández, Fernández y Baptista, 2010; San Román, 2009).

Nuestra entrada analítica fue la unidad doméstica, siendo conscientes de que su ordenamiento incorpora varios hogares y se extiende (en la carpa, la casa prefabricada y otras instalaciones) más allá de la vivienda, incorporando a distintos miembros ocupados en varias actividades. Todo ello nos recuerda la no universalidad de los arreglos y pone en cuestión las ideas naturalistas asociadas a lo doméstico (Harris, 1986).

Las observaciones y las entrevistas abiertas, principales técnicas utilizadas, se focalizaron en dos aspectos: las estrategias para ganarse la vida y su relación con la reorganización de la reproducción y los vínculos familiares.

Realizar trabajo de campo en el contexto posterremoto no fue una cuestión menor. Durante un tiempo la costa fue el foco de noticias y desplazamientos solidarios progresivamente monopolizados por el Estado en un contexto preelectoral, marcado por el retroceso del gobierno de la

7. Los nombres de los entrevistados han sido modificados.

Revolución Ciudadana. A la tradicional acogida que se prodiga en esta región, le acompañó un fuerte sentimiento de reconocimiento tejido en la ayuda y posteriormente en los diálogos. En una orientación reflexiva re- pensamos la práctica de investigar en la costa, teniendo en cuenta tanto nuestra posición como académicas llegadas de Quito, como la posibilidad de imbricarnos en trajines «caseros» y en los propósitos comunitarios que se iban definiendo tras la crisis. Todo ello consolidó los vínculos con las familias⁸, los líderes, los colegas de otras universidades y las organizaciones implicadas; con todos ellos venimos colaborando desde entonces.

5. Para una etnografía de la reproducción. Tres mujeres y tres familias ocupadas en el sostenimiento

A continuación, planteamos los hallazgos a propósito de la articulación re/productiva a partir de las experiencias de las familias con las que convivimos. Retomamos para el análisis la hipótesis acerca de las tensiones que suscita el modelo agroexportador sobre la reproducción social.

5.1. *Yadira y familia. Inestabilidad, pluriactividad y autonomía en la pesca artesanal*

La pesca artesanal es la principal actividad para quienes habitan La Playita, un área deficitaria, pero con acceso al mar a través de la desembocadura del río Coaque.

La pesca en pequeños botes se combina con la venta de víveres, el descabezado de camarón, trabajos de limpieza o similares en Pedernales y desplazamientos como temporeros agrícolas. La pluriactividad atraviesa la economía pesquera, acomodándose al ciclo de vida familiar y replicando la división sexual y generacional del trabajo. Priorizar un ingreso estable o inclinarse por la proximidad con los hijos son estrategias alternativas tanto antes como después del terremoto, si bien este puso en valor la autonomía que implica ganarse la vida sin horario fijo. Yadira y su familia encarnan esta posición.

Ella es la mayor de 16 hermanos; sus padres llegaron con el *boom* camaronero de 1980. Su madre les dejó, y ella tuvo que hacerse cargo de los hermanos menores. Aprendió el oficio de la pesca antes de comprometerse

8. Además de las seis estancias realizadas, organizamos un encuentro de investigación, *Repensar el territorio tras el terremoto. Estrategias re-productivas y acción comunitaria desde Manabí* (Pedernales, agosto 2017), que reunió a investigadores y actores locales y de otras zonas, dedicados a estudiar y actuar en relación al terremoto y sus repercusiones.

terse con José, también pescador. Esta pareja, de 31 y 33 años respectivamente, se «fugó», como es habitual, cuando tenían 17 y 19 años. Tienen tres hijos en edad escolar y un bebé.

Yadira trabajó en la empacadora de forma intermitente, gracias al apoyo de su hermana en el cuidado de los pequeños. José laboraba como ayudante de pesca o «plomero», con el padre de Yadira, pero cuando las ganancias no alcanzaron salió a colocar pisos a Quito y reunió allí a la familia. Tras cuatro años, Yadira quiso regresar:

Ahora ya no quiero moverme a ningún lado. Aquí me regalan pescado, un verde, me invitan a comer, en otros lados no. Luego mi hija cayó enferma y le dije [a José] que me quería venir a Manabí porque no tenía plata para hacer ver a la niña, y aquí se compuso por la abuelita que cobraba el bono y ella le compró unos remedios y le hicimos sobar del ojo (entrevista a Yadira Salas, La Playita, 13 de agosto de 2016).

Este patrón de sostén ha permitido a algunas mujeres entrar y salir de la empacadora según las necesidades. Este es el caso de Alma, hermana de Yadira:

Aquí tengo una hermana que yo le doy \$10 USD, y ella me cocina y les da de comer a las niñas. Yo quiero seguir trabajando pero en cambio mis hijas, como yo me he dedicado más al trabajo, ellas ya no me quieren obedecer. Los estudios ponen poca atención y yo me quiero retirar porque más importantes son los estudios de ellos. Pero digo, el trabajo también es importante, porque uno se les da las cosas. Pero, ¿y de qué vale que yo les esté dando si no me cumplen? [...] y por eso yo me quiero retirar (entrevista a Alma Salas, La Playita, 16 de septiembre de 2016).

A su regreso, su padre les dio una lancha con la que mantenerse. Los ingresos son muy inestables y oscilan entre los \$80 USD y los \$300 USD semanales. Cada vez hay que adentrarse más en el mar y esto implica un riesgo. Además, la venta no es rentable; uno de los días que acompañamos a la pareja obtuvieron cinco libras de camarón, equivalentes a \$10 USD, para la subsistencia de ese día. La pesca se destina a la alimentación, el intercambio, el combustible proporcionado por el mismo intermediario que compra la pesca y el pago de \$1 USD por libra al plomero.

En ocasiones salen en la mañana y luego en la noche. Otras veces se adentran en alta mar durante todo el día. Es común encontrar motoristas y plomeras entre las parejas; «una sale, y si el esposo quiere le puede regalar unos \$10 USD, pero si anda con un plomero tiene que pagarle» (entrevista a Yadira Salas, La Playita, 13 de agosto de 2016). Producción y reproducción se entretajan en la actividad familiar, particularmente para las mujeres.



Imagen 4. Desembocadura Río Coaque, acceso al mar, asentamiento La Playita. Fuente: Elaboración propia. Agosto de 2016.

Ante el horizonte de ingresar a la empacadora, los pescadores aluden a la autonomía; «*mire aquí, como pescador, no hay que estar regañado de nadie. Uno solo se preocupa por sacar adelante lo de uno*», comenta Gonzalo, hermano de Yadira (entrevista no grabada a Gonzalo Salas, La Playita, 18 de septiembre de 2016). La empacadora es, también para Yadira, la última opción a pesar del atractivo de un ingreso constante frente a las fluctuaciones de la pesca. También José acabó empleándose en la empacadora. Llevaba dos años cuando ocurrió el terremoto y, al igual que otros trabajadores, desertó.

Él trabajaba en la empacadora, pero ahorita le dio miedo porque dice que cuando hubo el terremoto estaba en la empacadora y ahí mismo decían que ya iban a pasar otros temblores. Pasó uno que fue a las 11:46 horas y le tocó trabajar. Trabaja un aguaje de día, otro aguaje la noche, y le dio miedo y dijo «*yo no voy a peligrar mi muerte por una empresa*». A la empresa no le importa haya lo que haya. Si hay temblor ellos siguen, no paran. Mi esposo tuvo miedo. Fue donde la familia y ellos, todos, siempre han sido pescadores y él teniendo su lancha para pescar y se va a estar peligrando. Si alguna cosa pasa, él está por allá y uno por acá. Los hijos y la esposa le dijeron «*es la familia*» y él escuchó, y ya se quedó pescando camarón en la panga (entrevista a Yadira Salas, La Playita, 13 de agosto de 2016).

La proximidad, el oficio y el desapego de la empresa representaron un quiebre en las expectativas tras el sismo; se acentuó el rechazo a la

dependencia, la disciplina y la rutina, ajenas a la cultura familiar pesquera.

Los hombres valoran la autonomía al posibilitar el descanso, el deporte y la bebida, mientras las mujeres aprecian la proximidad de la vivienda, el control de los hijos y el apoyo con alimento, dinero y favores. Actualmente, el hijo de Yadira demanda mucha atención y ella ha generado alternativas, como vender productos por catálogo y víveres, además de mariscos; hacer limpieza y descabezar camarón en Pedernales son otras opciones.

El terremoto multiplicó las tareas diarias. Yadira tuvo que rearmar su hogar y el de sus hermanos, realizó trabajos comunitarios junto con los equipos de asistencia y actuó como líder en su comunidad. El abastecimiento de agua, la destrucción de la casa, las constantes inundaciones, las enfermedades y falta de condiciones y servicios básicos, la irregularidad de la propiedad, la dificultad de llegar a la escuela, la desatención educativa y la amenaza de reubicación por la declaración de zona de riesgo movilizaron a la comunidad y Yadira se situó al frente de estas inquietudes en La Playita.

El terremoto resultó en una oportunidad para visibilizar la crisis reproductiva y canalizar mejoras puntuales como un relleno y muro de contención, el tendido eléctrico o el aula infantil. La incertidumbre y la vulnerabilidad de los pescadores quedaron al descubierto, y con ellas su negativa a dejar su territorio y estilo de vida.

5.2. *Jenny y su familia. Volver a empezar de cero*

La segunda familia con la que convivimos fue la de Jenny y Pedro, 32 y 33 años respectivamente, y sus tres hijos pequeños (11, 9 y 8 años).

Durante el sismo perdieron lo poco que tenían: una vivienda que fungía como negocio de comidas y los enseres necesarios para sostenerlo. Pedro relata la vida en común, mientras los niños corretean en torno a la carpa. La última vez que les visitamos se habían instalado en una vivienda entregada por Cruz Roja, en un terreno alejado de la vía principal. En la entrada había un par de mesas en las que servían almuerzos a los obreros del Ministerio de Desarrollo Urbano y Vivienda (Miduvi).

La pareja se conoció en Coaque y, al contar con poco apoyo familiar, migraron a Quito. Pedro se inició como asistente de cocina y se formó como cocinero. Jenny trabajó en quehaceres domésticos. En la ciudad permanecieron seis años que, según explican, condicionaron su modo de ver y ganarse la vida; allí tuvieron dos hijos.



Imagen 5. Carpa y restaurante provisional de Jenny y Pedro. Fuente: elaboración propia. Agosto de 2016.

Regresaron a Coaque y los padres de Pedro les ofrecieron espacio en una vivienda junto con otros hermanos y tuvieron a su tercera hija. Las relaciones no fueron fáciles y Pedro resintió la falta de afecto. La familia se replegó, hecho que hasta el día de hoy ha acentuado su mayor vulnerabilidad. Eran los inicios de la empaedora, cuando el régimen laboral resultaba más laxo, se empleaba a menores y se producía una alta rotación en la fuerza de trabajo. El turno de noche se perfiló como una opción para que Jenny pasara el día con los pequeños. Al inicio Pedro cuidó a los niños en casa, pero luego de un año consiguió trabajo en una guardería y la pareja tuvo que reorganizarse.

Pedro incursionó en la empaedora; *«ese maltrato, ese frío y los horarios nocturnos no eran para mí. Yo lo que sé es cocinar»*. Con lo ahorrado por Jenny iniciaron el negocio: *«Comenzamos con poquito, no tenía refrigeradora, no tenía nada. Presté una cocina. Nos metimos a trabajar al negocio con 100 dólares»*, explica Jenny (entrevista a Jenny Monar, Coaque, 14 de agosto de 2016). Sumaron recursos y adecuaron mesas en la parte delantera de la casa de los padres de Pedro, a quienes pagaban

arriendo. La empacadora quedó atrás, y con ella la rutina y los horarios de noche.

Diariamente repartían las tareas atendiendo el negocio y a los hijos. Aunque el ingreso no era mucho, salieron adelante hasta que llegó el terremoto. La casa de los padres se vino abajo, y durante un tiempo se acomodaron 17 personas en una sola carpa. Al poco tiempo, con algunos plásticos y otros materiales, improvisaron una vivienda frente a su antigua morada. Allí estaban cuando llegamos, y allí montaron el comedor con lo que rescataron. Al haber perdido muebles, clientela, carecer de ahorros y contar con deudas, la sensación era de «empezar de cero»:

Lo que era la refri y el congelador no se nos dañó, fue así como que Dios dijo «*sigan trabajando*». Lo demás se perdió. Yo ya no quería trabajar. El terremoto fue un día sábado y el día viernes había hecho compras. Él había metido como 700 dólares. Tenía lleno de camarones, pollos, chuletas, era bastante que habíamos comprado. Teníamos todo lleno y se perdió. [...] Sacamos las compras del congelador y comenzamos a repartir entre la familia y los vecinos porque esa carne no iba a durar sin refrigeración (entrevista a Jenny Monar, Coaque, 14 de agosto de 2016).

Recomponer la unidad doméstica como espacio re/productivo resultó difícil, dado que carecían de una red de apoyo. Sí contaban con vínculos vecinales; Manuela y su familia, vecinos y líderes de la comuna, les apoyaron en el municipio y les dieron aliento para seguir. Nuestras notas de campo recogen lo siguiente:

La carpa de Jenny y Pedro está ubicada en el parterre que separa la avenida principal de la carretera panamericana. La pareja se levanta a las cinco, abre la puerta improvisada de la carpa y cruza la avenida adoquinada en dirección a la casa de los padres de Pedro. Utilizan la ducha y el inodoro, que es lo único que no se destruyó con el terremoto. Traen agua en baldes para el desayuno. Pedro coloca dos mesas y sillas alrededor en la vereda. Saca de la carpa una pantalla de televisión y la coloca afuera «para atraer clientes». Es miércoles, los niños se levantan a las seis y se preparan para ir a la escuela. Cuatro empleados de las construcciones del Miduvi llegan y se sientan a esperar el desayuno que la pareja les prepara todos los días de lunes a viernes. Vendrán también al medio día y en la noche para el almuerzo y la cena. Pedro me explica que le pagan al fin de mes cuando reciben su salario. Por las noches además llegan unas 15 personas a comprar salchipapas, hamburguesas, refrescos o batidos. Las ventas terminan a las 10 y la pareja descansa a la media noche luego de recoger las mesas y sillas, lavar platos y limpiar la cocina (notas de campo, 13 de agosto de 2016).

La vida cotidiana se complejizó tras la catástrofe, no solo por los daños materiales, sino porque al habitar en la calle, los niños «pasaban a

la deriva». Muchos pobladores expresan inquietudes respecto del futuro de niños y niñas. Si bien reniegan de fugas, embarazos tempranos y abandonos escolares, se miran estas situaciones con laxitud, como parte de la cultura sexual y reproductiva de la zona. El consumo de alcohol es otra cuestión sensible, pero no se considera negativo, e incluso se asocia a la libertad masculina y al modo de vida costeño. La pareja, en cambio, como resultado de su experiencia urbana, imagina oportunidades para sus hijos y mantiene control sobre ellos.

Producto del esfuerzo, la pareja había comprado un terreno que fue declarado zona de riesgo. Luego de algunas negociaciones, adquirieron otro en una calle alejada y ahí instalaron la vivienda concedida por Cruz Roja. Después de un año, la cantidad de viviendas construidas por el Miduvi en Coaque es muy inferior a la que se precisaba; inicialmente se habló de 500, pero según nuestras estimaciones no llegaron a 60. Finalmente, el Miduvi autorizó que otras organizaciones pudieran construir casas.

La vivienda ha sido una pieza fundamental para la reproducción de esta familia, y si bien el negocio no recuperó el empuje inicial en la nueva ubicación y algunos comensales de la reconstrucción no liquidaron sus deudas, como dice Pedro, «*ahí le damos, con lo poco que vendemos logramos comer*» (entrevista no grabada a Pedro Caiza, Coaque, 13 de agosto de 2016).

5.3. *Sania y su familia. Dependencia del salario y proletarización de las nuevas generaciones*

La presencia en Coaque de la empaedora desde el año 2000 ha dado paso a un modelo de proletarización y dependencia del salario. Existen varias generaciones entrenadas en las líneas de recepción, clasificación, pelado, descabezado y empaque. La de Sania y Alberto, 52 y 57 años respectivamente, es una de ellas. Toda la familia está unida a la planta, y aunque los jóvenes vacilan, todos ellos la han pisado y la tienen presente como fuente de ingreso segura. Tal y como advirtiera Saffioti (1982), también en la costa manabita, la sólida cultura de la familia extensa se ha conformado como una palanca para la industria.

El ciclo de la planta es demandante, y la reproducción transcurre entre los 11 días del aguaje, vida para el trabajo, y los cuatro en los que se descansa, se cuida, se cría y atiende el hogar, se preparan los alimentos y lo necesario para el siguiente ciclo. Solo vínculos estrechos de cohabitación, intercambio y apoyo intergeneracional son capaces de sostener el ritmo.

Agrupada en torno a un núcleo residencial ampliado, Sania, su hermano, sus hijos y nietos participan de la circulación de alimentos, atenciones, plata, remedios, información y favores que proporciona el ecosistema reproductivo.

Alberto desgrana la historia de la familia y la comuna. Bajó a la costa «de adentro» por la crisis cafetalera. Con 14 años, Sania se fugó para vivir en la finca de la familia de él, donde nacieron los primeros hijos.

Nos huimos. Llegamos a las nueve o diez allá adentro. Me daba vergüenza llegar a la casa, mi suegro era jodido, y cuando ya le dijo Alberto que estaba enamorado mío, que tal día me iba a llevar para adentro, ya estuvo de acuerdo que me llevara *pa'* donde ellos. Ya pues, él vino con confianza a verme ese día. Y me largué. Alberto me estaba esperando, mi mamá no sabía que me había ido, un sobrino vino a avisarle que yo me había ido con marido (entrevista a Sania Vera, Coaque, 17 de septiembre de 2016).

Fueron los años de la pesca con atarraya, donde comenzaron a larvear. Con la apertura de Edpacif en 2000, la pareja ingresó al trabajo fabril. La sujeción al modelo de la empacadora les proporcionó el capital social que permitió avalar la entrada de los más jóvenes, que «meten carpeta» y esperan poder entrar y salir cuando las exigencias lo demanden.

Situada en Coaque, tuvimos ocasión de visitar la planta de forma fortuita. Las secciones se organizan según el valor agregado que se genera. Otras unidades, como la hielera, incorporan trabajadores sin relación de dependencia que facturan como cuadrilla a la empresa.



Imagen 6. Entrada a la empacadora de camarón. Fuente: elaboración propia. Septiembre de 2016.

Durante los picos del aguaje existen dos turnos de diez horas. La intensidad del destajo permite obtener un margen de beneficio a las manos ágiles. Las condiciones son duras debido a la refrigeración, a pesar de las capas de abrigo; el cansancio y las enfermedades se dejan sentir. Sania se emplea en la sección de descabezado, donde trabaja «por avance». La base salarial es de \$90 USD más el bono de «eficiencia productiva». Una trabajadora señala que la quincena sale en \$160 USD y para fin de mes entre \$230 USD y \$250 USD.

En otras áreas ocupadas por hombres, como transporte y logística, donde trabaja Alberto, se paga el salario básico. Las diferencias entre hombres y mujeres tienen que ver con las secciones y condiciones, e indirectamente con el ingreso, que en el caso de estas se vincula a la línea y el destajo. El descanso inicia durante la muda del camarón en las piscinas, momento en el que empieza la «otra vida» en la casa y la comunidad. A las tareas reproductivas acumuladas se sumó la reconstrucción, que fue posible gracias a los ahorros de una economía parcialmente monetarizada.

Mantener la competitividad implica reducir costes, delegando la responsabilidad reproductiva por fuera de la empresa. Si bien la empackadora ha mantenido una política asistencialista, esta permanece convenientemente alejada del lenguaje de los derechos, asociándose a la cultura paternalista heredada de la hacienda.

Tras el terremoto, Edpacif no interrumpió la producción y muchos trabajadores desertaron. Entonces contrató operarios de otras poblaciones hasta estabilizar la mano de obra. El sismo atrajo a personas desposeídas y desplazadas y reunió a familias disgregadas. La empackadora asumió gastos menores como depósitos de agua, además de canalizar la ayuda procedente de otros puntos del país y prestar sus instalaciones para que el Ministerio de Vivienda distribuyera *kits*, carpas, plásticos y otros materiales. Sin duda, una inversión social mínima dada la coyuntura y las ganancias.

Las estrategias reproductivas fueron obra de las familias y las actuaciones comunitarias articuladas con apoyos externos. Tras el terremoto, la familia de Sania comenzó a operar entre la casa medio derruida, en la que residían tres núcleos familiares con economías entretrejidas, y la carpa, instalada en la cancha. Las transacciones semimonetarizadas previas se intensificaron, lo que junto al salario sofocó la vulnerabilidad en esos días.



Imagen 7. Carpa de Sania, improvisada tras el terremoto. Fuente: elaboración propia. Septiembre de 2016.

Sania mantiene un estrecho control sobre la vida de hijos y nietos, agrupados en torno suyo, y afirma su capacidad para intervenir en decisiones y actuaciones en temas como el uso del alcohol, las dolencias, el consumo, las disputas y separaciones o el trabajo.

La actividad de las jóvenes resulta crucial; son ellas, en este caso Antonia, nuera de Sania, las que preparan la comida para quienes salen tarde y cansados, aportándola, distribuyéndola y reservándola para quienes puedan llegar, mientras se ocupan en la crianza y las tareas domésticas conjuntas.



Imagen 8. Lili hace la colada. Fuente: elaboración propia. Agosto de 2016.

La cultura familiar, basada en fuertes obligaciones morales de género, sostiene condiciones laborales exigentes:

Yo les cocino porque ellos no tienen quien les cocine, mis suegros. Sí, cocinaba día, tarde y noche. Y lavaba también. Como ahorita, yo les lavo a mis suegros, a mi cuñado, a todos yo les lavo la ropa, les lavo camisas, pantalones, esas cosas. [...] A mí no me dicen que les lave, pero a mí no me gusta lavar mi ropa y dejarles así la de ellos. No me gusta, después dirán que una es mezquina. Y mi suegra llega cansada y yo le lavo la ropa. Igualmente ella a todos nos ha apoyado. Cuando la niña está enferma ella ha estado ahí. Ella nos apoya para cualquier cosita que uno necesite y ¡cómo no le voy ayudar a hacer las cosas! (Entrevista a Antonia Guzmán, Coaque, 10 de julio de 2017).

Los jóvenes revelan que el *habitus* de la planta no está perfectamente asentado, suscita dudas e incluso rechazo al darse en un entorno familiar y social que valoriza la proximidad, el trabajo independiente, la reciprocidad y la vida comunitaria. Así lo expresa Marco, yerno de Sania:

Yo trabajé como seis meses en Macas, y me vine, y mi suegro me dijo que qué era lo que estaba yo haciendo por allá, que me quedara aquí y mi suegro me buscó ese trabajo [en la empacadora] y no me gustó. Mucho se esforzaba, todita la noche, tú parado, solo tú descansas cuando bajas a la cena, como se dice, quince veinte minutos, y de nuevo a trabajar como esclavo sin dormir nada, ahí no te sientas. En cambio acá [en la hielera] sí descansamos y nos citaron a las ocho a trabajar y nos dijeron vamos a trabajar hasta la una, y si no es a las seis de la tarde. Lo malo de nosotros es que no somos asegurados (entrevista a Marco Pérez, Coaque, 26 de mayo de 2017).

Junto con Lili, la hija menor de Sania, y sus dos niños, llegaron de Chamanga, donde se dedicaban a la pesca. La joven pareja se debate entre la pesca y el salario, la proximidad con la familia materna y el cuidado de los hijos. Cuando Lili finalmente entró en la empacadora, enviaron a los niños a Chamanga con la otra abuela. El precio del salario fue la separación de los pequeños.

La distribución del cuidado entre mujeres es una posibilidad, pero implica costes afectivos. Es en estos intercambios, y la economía moral que los atraviesa, donde se trama la familia extensa, algo que se acentúa en tiempos de mayor necesidad. Tal y como afirmaba Sania: «*si ya morimos y nos toca morir, morimos todos juntos*» (entrevista a Sania Vera, Coaque, 17 de septiembre de 2016). La conformación de parejas adolescentes y la maternidad temprana coadyuban a esta trama, al tiempo que obstaculizan las expectativas de las más jóvenes.

En síntesis, el modelo productivo camaronero, cada vez más inclinado hacia la fidelización y disciplinamiento de la fuerza de trabajo, aprovecha la cooperación familiar y comunitaria no (plenamente) monetarizada propia de la cultura costeña, si bien esta misma cultura provee bases para el rechazo de la disciplina fabril. La crisis reproductiva acrecentó los vínculos de cooperación, descargando a la empresa de toda responsabilidad respecto al sostenimiento en un entorno ya de por sí adverso.

6. Conclusiones

El modelo industrial, instalado en este territorio periférico, conlleva una alta exigencia laboral e ingresos y beneficios limitados. Desde la perspectiva de la reproducción, focalizada en las relaciones sexuales, de cuidado, bienestar y sostenimiento, la planta consolida una clara disociación entre producción y reproducción, acrecentada por los ciclos del camarón. Esto repercute en la sobrecarga de adolescentes y jóvenes en período de crianza y de las mujeres mayores. El avance del modelo, que modifica pautas de relacionamiento, consumo y ocio, se sirve de una economía moral familiar de género y generación que concede un lugar primordial al intercambio no monetario, la reciprocidad, la proximidad, la intimidad y la socialización de decisiones, recursos y conflictos en unidades extensas. Dicha economía moral, históricamente asociada a actividades como la pesca artesanal o la agricultura, hoy opera y se modula en el marco de la industria exportadora.

Su ajuste, no obstante, no está exento de problemas al medirse con los valores de esa misma cultura para hombres y mujeres. Para los primeros, la independencia y el trabajo autogestionado, como sucede en la pesca y en cierto modo en el negocio, siguen siendo muy atractivos, mientras que, para las mujeres, el estar cerca de los hijos, alentar su educación o vigilar sus encuentros, reviste un carácter primordial. Así, la dependencia del salario y la promesa de seguridad generan tensiones que la población resuelve estratégicamente según su propia trayectoria y exigencias cotidianas.

El terremoto, como momento de crisis reproductiva, pone de manifiesto dichas tensiones y la necesidad de elegir entre estabilizar un ingreso limitado, asumiendo la rutina, el cansancio y el encadenamiento a la planta o permanecer junto a la familia, proteger y sostener asumiendo la vulnerabilidad circundante, la que existía con anterioridad y la que desencadena la catástrofe.

Es preciso advertir que estas tensiones y dilemas, que ponen en el centro la reproducción social de sujetos, familias y comunidades, eviden-

cian la falta de infraestructuras para el sostenimiento de la vida. Elementos como la seguridad del territorio, el acceso a la propiedad, la protección y atención en la salud, la garantía de educación y cuidado, el aprovisionamiento de agua o el mantenimiento de vías y entornos naturales resultan esenciales. Todo ello implica repensar las responsabilidades privadas y el papel de las políticas públicas tomando el desastre como oportunidad. Una concepción estrecha de la «reconstrucción», en sintonía con la falta de atención a las desigualdades previas en esta zona costera, desestima estos elementos y la manera en la que se traman en el territorio. Frente a ella emergen visiones complejas, que partiendo de la articulación re/productiva desde una perspectiva crítica, así como de la participación de los actores colectivos desde lo local, ponen en juego proyectos alternativos.

Referencias

- Andrade, M.; Hernández, C. y Marcillo, F. (2014). *Caracterización y Propuesta Técnica de la Acuicultura en el Sector de Manta, Provincia de Manabí*. Ecuador: ESPOL.
- BCE (2017a). Sistema de información macroeconómica. En <https://www.bce.fin.ec/index.php/boletines-de-prensa-archivo/item/1158-la-economia-ecuatoriana-crecio-14-en-2018>. Accedido el 30 de mayo de 2019.
- BCE (2017b). Exportadores de camarón 2013-2017. Documento inédito. Dirección Nacional de Síntesis Macroeconómicas: Banco Central del Ecuador.
- Bhattacharya, T. (2017). *Social Reproduction Theory: Remapping Class, Recentring Oppression*. London: Pluto Press.
- Benería, L. y Sen, G. (1982). Desigualdades de clase y de género y el rol de la mujer en el desarrollo económico: Implicaciones teóricas y prácticas. En *Sociedad, subordinación, feminismo*. M. León, Ed. Bogotá: ACEP.
- Carrasco, C. (2009). Tiempos y trabajos desde la experiencia femenina. *Papeles de relaciones ecosociales y cambio global*, 108: 45-54.
- Carrasco, C.; Borderías, C. y Torns, T. (Eds.) (2011). *El trabajo de cuidados. Historia, teoría y políticas*. Los libros de la Catarata: Madrid.
- Denning, M. (2011). La vida sin salario. *New Left Review*, 66: 77-94.
- Dueñas, C. (1986). *Historia Económica y Social de Manabí*. Quito: Abya-Yala.
- Dueñas, C. (1991). *Soberanía e insurrección en Manabí*. Guayaquil: Flacso y Abya-Yala.
- Fassin, D. (2009). Moral economies revisited. *Annales. Histoire, Sciences Sociales*, 6: 1237-1266.
- Federici, S. (2014). *Revolución en punto cero: trabajo doméstico, reproducción y luchas feministas*. Madrid: Traficantes de Sueños.
- Ferrín, R. (1989). Situación y perspectiva de la producción cafetalera en Manabí. En *La investigación económica en el Ecuador*. S. Escobar, Coord. Quito: ILDIS.
- Ferguson, S. y McNally, D. (2013). Introducción a la edición de Historical Materialism de «El marxismo y la opresión de las mujeres. Hacia una teoría unificada». En *Marxism*

- and the Oppression of Women. Toward a Unitary Theory.* L. Vogel, Ed. Chicago: Haymarket Books.
- Fraser, N. (2014). Tras la morada oculta de Marx. Por una concepción ampliada del capitalismo. *New Left Review*, 86: 57-76.
- Geertz, C. (2001). Descripción densa: hacia una teoría interpretativa de la cultura. En *La interpretación de las culturas*. Barcelona: Gedisa.
- Guerrero, F. (2016). Cambios agrarios, migración y territorio en Manabí. *Ecuador Debate*, 98: 125-139.
- Harris, O. (1986). La unidad doméstica como unidad natural. *Nueva Antropología*, VIII(30): 199-222.
- Hartmann, H. (1981). The unhappy marriage of marxism and feminism: towards a more progressive union. En *Women and revolution: a discussion of the unhappy of Marxism and feminism*. Boston: South End Press.
- Hernández, F.; Fernández, G. y Baptista, M. (2010). *Metodología de la investigación*. México: McGraw-Hill.
- Hidrovo, T. (2013). Región Manabí desde el Centro a la Periferia. En *Estado Nacional y Región*. M. Mancero, Coord. Quito: Secretaría Nacional de Gestión de la Política.
- IESS (2017). Afiliados Registrados en Empleadores. Departamento de Afiliación y Control Patronal. Ecuador: IESS.
- INEC (2010a). *VII Censo de Población y VI de Vivienda*. En <http://redatam.inec.gov.ec/cgi-bin/RpWebEngine.exe/PortalAction>. Consultado el 14 de junio de 2017.
- INEC (2010b). Resultados del Censo. Fascículo provincial Manabí. En <http://www.ecuadorencifras.gob.ec/wp-content/descargas/Manu-lateral/Resultados-provinciales/manabi.pdf>. Consultado el 15 de junio de 2017.
- INEC y MCDS (2017). *Base de datos. Registro Único de Damnificados*. Ecuador: INEC-MCDS.
- Jelin, E. (2014). Desigualdades de clase, género y etnicidad/raza: realidades históricas, aproximaciones analíticas. *Revista Ensamble*, 1: 11-36.
- Kofman, E. (2016). Repensar los cuidados a la luz de la reproducción social: una propuesta para vincular los circuitos migratorios. *Investigaciones Feministas*, 7(1): 35-56.
- Maron, A. (2017). Consideraciones para la participación en escenarios posdesastre: el caso de San José de Chamanga (Esmeraldas). En *Posterremoto, gestión de riesgos y cooperación internacional: Ecuador*. A. Carrión, I. Giunta, A. Mancero y G. Jiménez, Coords. Quito: IAEN.
- Mora, E.; Bamba, J.; Viteri, F.; Chunga, F.; Ordoñez, J. y de Teresa, I. (2016). Construyendo ciudades resilientes a través del diseño participativo. Propuesta de Plan Estratégico Coaque-Manabí.
- Narotzky, S. y Besnier, N. (2014). Crisis, Value, and Hope: Rethinking the Economy. *Current Anthropology*, 55(9): 4-16.
- Ortiz, S. (2016). Una región sin proyecto regional: Notas para una aproximarse a Manabí. En <https://lalineadefuego.info/2016/06/16/una-region-sin-proyecto-regional-notas-para-aproximarse-a-manabi-por-santiago-ortiz/>. Consultado el 12 de abril de 2018.

- Pérez Orozco, A. (2014). *La subversión feminista de la economía. Aportes para un debate sobre el conflicto capital-vida*. Madrid: Traficantes de Sueños.
- Safa, H. (2012). Class, Gender, and Race in the Caribbean: Reflections on an Intellectual Journey. *Canadian Journal of Latin American and Caribbean Studies*, 37(74): 219-242.
- Saffioti, H. (1982). La modernización de la industria textil y la estructura de empleo femenino, un caso en Brasil. En *Sociedad, subordinación, feminismo*. M. León, Ed. Bogotá: ACEP.
- San Román, T. (2009). Sobre la investigación etnográfica. *Revista de Antropología Social*, 18: 235-260.
- Secretaría de Gestión de Riesgos (2016). Informes de Situación, 69. 19 de mayo de 2016. En <http://www.gestionderiesgos.gov.ec/wp-content/uploads/downloads/2016/05/Informe-de-Situaci%C3%B3n-69-%E2%80%9319052016-%E2%80%9312H30.pdf>. Accedido el 13 de junio de 2017.
- Secretaría Nacional de Planificación y Desarrollo (2016). *Evaluación de los Costos de Reconstrucción. Sismo en Ecuador abril 2016*. Quito: Senplades.
- SIISE (2015). Sistema de indicadores sociales del Ecuador. En <http://www.siise.gob.ec/siiseweb/siiseweb.html?sistema=1#> Accedido el 10 de septiembre de 2017.
- Subsecretaría de Recursos Pesqueros (2002). *Acuerdo Ministerial 106: Veda de Captura de larvas silvestres de camarón*. Registro Oficial 685, 17 de octubre de 2002.
- Vega, C. y Martínez-Buján, R. (2017). Explorando el lugar de lo comunitario en los estudios de género sobre sostenibilidad, reproducción y cuidados. *Quaderns-e*, 22(2): 65-81.
- Vogel, L. (2013). *Marxism and the Oppression of Women*. Chicago: Haymarket.

Fuentes primarias

- Caiza, P. (13 de agosto de 2016). Entrevista no grabada (reconstrucción a base de notas). Registro: Anónimo.
- Guzmán, A. (10 de julio de 2017). Entrevista personal. Coaque. Registro: Anónimo.
- Monar, J. (14 de agosto de 2016). Entrevista personal. Coaque. Registro: Anónimo.
- Notas de campo, 13 de agosto de 2016. Registro: Anónimo.
- Pérez, M. (26 de mayo de 2016). Entrevista personal. Coaque. Registro: Anónimo.
- Ron, L. (18 de septiembre de 2016). Entrevista personal. Coaque. Registro: Anónimo.
- Salas, Y. (13 de agosto de 2016). Entrevista personal. La Playita, Coaque. Registro: Anónimo.
- Salas, G. (18 de septiembre de 2016). Entrevista no grabada (reconstrucción a base de notas). La Playita, Coaque. Registro: Anónimo.
- Salas, A. (16 de septiembre de 2016). Entrevista personal. La Playita, Coaque. Registro: Anónimo.
- Salazar, V. (14 de agosto de 2016). Entrevista personal. Coaque. Registro: Anónimo.
- Vera, S. (17 de septiembre de 2016). Entrevista personal. Coaque. Registro: Anónimo.